

EL CATOLICO

PERIÓDICO BISEMANAL

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica

Precios de suscripcion	Imprenta y Administracion,	Observaciones
Menorca 0'50 Ptas al mes	Infanta, núm. 17.	Para los señores Suscritores se insertarán los anuncios gratis.
Península 3'00 » semestre		
Ultramar 8'00 » al año		

Seccion Religiosa

Domingo de Sexagésima, 13.—Santa Catalina de Ritzis, vírgen, y San Benigno, mártir.

Lunes, 14.—San Valentin, Pbro. y mártir, y el Beato Juan Bautista de la Concepcion fundador.

Martes, 15.—Santos Faustino y Jovita, hermanos mártires.

Miércoles, 16.—San Julian, mártir, y Santa Juliana vírgen y mártir.

Cóрте de María

Dia 13, se hace la visita á Nuestra Señora de la Misericordia en San José.—Dia 14, á Nuestra Señora de Refugio en las Concepcionistas.—Dia 15, á Nuestra Señora del Rosario en Santa Maria.—Dia 16, á Nuestra Señora de Nazaret en el Cármen.

Cultos

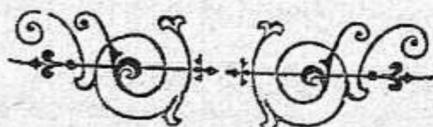
Parroquia de Santa Maria: Mañana, con ocasion de publicarse los privilegios que en España se gozan en virtud de la Bula de la Santa Cruzada, á las diez tendrá lugar la acostumbrada procesion, cantándose despues la Misa mayor, en cuyo Ofertorio predicará el Rdo. D. Jaime Tutzó; por la tarde, Vísperas, Completas y Rosario.

Parroquia de Ntra. Señora del Cármen: Mañana á las diez, Misa mayor, predicando sobre el Santo Evangelio el propio Rdo. Sr. Cura Párroco; por la tarde, Vísperas, Procesion de segundo domingo de mes, asistiendo á la cual con las debidas disposiciones, los Cofrades de Nuestra Señora del Cármen pueden ganar Indulgencia plenaria.

Parroquia de San Francisco: Mañana, á las diez Misa mayor y explicacion del Santo Evangelio por el propio Rdo. Sr. Ecónomo; por la tarde, Vísperas y distribucion de Cédulas del Santo y Anima á los Hermanos Terciarios.

Iglesia de Religiosas Concepcionistas: Mañana á la hora de costumbre, Misa de Comunion; por la tarde, exposicion del Señor y el ejercicio mensual consagrado al adorable Corazon de Jesus.

Iglesia de San José: Mañana, á las tres y media, continuará el devoto ejercicio de los Siete Domingos consagrados al Santo Patriarca.



Santo Evangelio

DOMINICA DE SEXAGÉSIMA

El de la presente dominica es del capítulo VIII versículos 4 al 15 segun San Lucas.

«En ocasion de un gran concurso de gentes, que de las ciudades acudian presurosas á Jesus, dijo esta parábola: Salió un sembrador á sembrar su simiente: y al esparciria, parte cayó á lo largo del camino, donde fué pisoteada, y la comieron las aves del cielo; parte cayó sobre un pedregal y luego que nació secóse por falta de humedad; parte cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo las espinas con ella, sofocáronla; parte *finalmente* cayó en buena tierra, y habiendo nacido dió fruto á ciento por uno.

Dicho esto exclamó en alta voz: el que tenga oídos para escuchar, que atienda *bien á lo que digo*.

»Preguntábanle los discípulos, cuál era el sentido de esta parábola. A los cuales respondió así: A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, mientras á los demás *en castigo de su malicia se les habla en parábolas*: de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan.

Ahora bien; el sentido de la parábola es este: la semilla y la palabra de Dios. Los granos sembrados á lo largo del camino significan aquellos que lo escuchan, sí; pero viene luego el diablo, y se la saca del corazón, para que no crean ni se salven. Los sembrados en un pedregal, son aquellos que oída la palabra, recíbenla, sí, con gozo, pero no echa raíces en ellos; y así creen por una temporada, y al tiempo de la tentación vuelven atrás. La semilla caída entre espinas, son los que la escucharon, pero con los cuidados riquezas, y delicias de la vida, al cabo la sofocan, y nunca llega á dar fruto. En fin la que cae en buena tierra denota aquellos que con corazón bueno y sano oyen la palabra de Dios, la conservan con cuidado, y mediante la paciencia dan fruto sazonado.»

Reflexion

La lección evangélica que acabais de oír, dice á este propósito S. Gregorio Papa, necesita más de exhortación que de exposición, porque lo que expuso por sí mismo el que es Verdad increada, no presume destruirlo la humana fragilidad. Detengámonos, pues, y muy de asiento en esta misma exposición del Señor: porque si nosotros os dijéramos que la semilla de que habla el presente Evangelio, significa la palabra de Dios; el campo en que es arrojada el mundo; y las aves que la arrebatan, son los demonios, y las espinas que la ahogan las riquezas, quizá vuestro entendimiento se resistiera á darnos crédito. Por eso se dignó el Señor explicar por sí mismo lo que decía, para que sepamos interpretar el significado de aquellas otras cosas que por sí mismo no quiso exponer. Explicando, pues, lo que dijo, que hablaba

figuradamente dió á comprender; y hasta el punto que nos lo aclaró nuestra fragilidad os abrirá el sentido de aquellas palabras.

¿Quién nunca me hubiera creído si hubiera asegurado yo que las espinas significan las riquezas, mayormente cuando estas deleitan, y aquellas punzan! Y sin embargo espinas son las riquezas, que laceran nuestra alma con los pensamientos y cuidados que motivan; y hasta sangre llegan á arrancar de la herida que abren si ellas vienen á ser incentivos del pecado. Por lo que el Señor, como atestigua el Evangelista, no los llamó sencillamente riquezas, sino, falaces riquezas. Y lo son en verdad, puesto que con nosotros no pueden permanecer mucho tiempo, y aún el poco que las poseemos, no libran á nuestra alma de la nativa miseria.

Verdaderas riquezas son, por lo tanto, aquellas que con verdaderas virtudes enriquecen el alma. Luego si deseais ser verdaderamente ricos, amad sólo las verdaderas riquezas, si aspirais á la cumbre del verdadero honor, enderezad vuestros pasos al reino celestial; si amais la gloria de las dignidades, apresuraos á escribir vuestro nombre en aquella celestial corte de los ángeles.

Conservad, pues, en vuestra alma las palabras del Señor que por el oído percibís: puesto que el alimento del alma es la palabra de Dios; y palabra de Dios, que la memoria no retiene, es como alimento que la enfermedad del estómago rechaza. Y si todo aquel que no retiene el alimento, debe perder toda esperanza de vida, ¿qué será del alma que no guarda las palabras del Señor?

—*—

LOS BÁRBAROS Y EL SOCIALISMO

Objeto de muchas disquisiciones es en nuestros tiempos la manera, el modo de encontrar los medios de combatir esta terrible secta política: mas no se afanen nuestros gobernantes, pues ellos mismos sin quererlo, tal vez, se ven influidos por dicho espíritu sectario, digo mal, la sociedad entera, nosotros mismos, nos vemos arrastrados por tales utopías que, cual densa y envenenadora atmósfera, pesan sobre nosotros y viven con nosotros.

Pasad, queridos lectores, vuestros ojos por las páginas de la historia, y encontrareis un hecho verdaderamente grande, y semejante en cierto sentido al que es objeto del presente trabajo; puesto que vino á destruirlo todo, para preparar el terreno sobre el que se levantasen las nacionalidades políticas; vino á allanar aquellas murallas que se oponían por la sociedad pagana á la difusión del cristianismo; vino, en una palabra, á romper las duras cadenas con que aquellas sociedades aprisionaban á sus individuos. Pues ¿qué otra cosa significaba más que esto la absorción del individuo en el Estado, que encontramos en las naciones más civilizadas como Grecia y Roma, en donde no servía el hombre sino como parte de un todo abstracto que llamaban Estado? Pues ¿qué otra cosa significa más que esto el duro yugo con que sujetaban los reyes persas, caldeos y egipcios á aquellas innumerables masas de súbditos, mejor dicho, esclavos? Pues ¿qué otra cosa significa, por último, más que esto, el lugar que la mujer ocupaba en el mundo antiguo, en donde tanto más era aprecia-

da cuanto más rara era su hermosura y más grandes sus vicios? Este acontecimiento que la ilustración de mis queridos lectores habrá penetrado, es la irrupción de los bárbaros.

Aquellas nacionalidades que habían perdido sus primitivas costumbres, que habían relegado al olvido la creencia monoteísta, que forjaron sus religiones como á sus exaltadas pasiones convenía, que habían divinizado todas las cosas, hasta los vicios, y que habían llegado al colmo de su degradación, necesitaban, cual atrofiado músculo, un enérgico revulsivo que les devolviese su movimiento, su vida. Puesto que, como dice Seyer Maken, aquellas sociedades vivían muriendo; mas Dios, como director de la gran máquina del universo, tenía que acudir á salvarla de su total descomposición; y entónces brotan, por decirlo así, del Asia, cuna del género humano, hordas de hombres que empujándose unas á otras, iban extendiéndose como las olas del mar y ocupando el mundo conocido: aquí son los visigodos, vándalos y alanos á quienes veis convertir en un vasto cementerio nuestra floreciente Iberia, cerniéndose sobre ella cual las águilas para despedazar su moribundo cuerpo; allí son los francos, ostrogodos y lombardos á quienes veis destruir aquella civilización que tantos y tantos sacrificios había costado á la poderosa Roma; allá son los hunnos, que quieren disputar á sus hermanos la codiciada presa que tan poco les había costado hacer suya. ¿Quién es el que detiene las destructoras empresas del azote de Dios? ¿Es algún general afortunado, heróico, valeroso, al frente de aguerridos soldados? Nó; es el cristianismo, la

Iglesia, el Papa san Leon revestido de sus insignias, que sale á implorar clemencia á las puertas de Roma; es santa Genoveva, que coronada de mirto y laurel, sabe librar á su amada ciudad de París del fin que le tenían preparado.

Comparad las sociedades modernas con las antiguas, y vereis los grandes puntos de contacto que con ellas tienen. En ellas vemos el desprecio, la indiferencia ante lo más sagrado y que constituye la base de toda sociedad, cual es el cristianismo; en ellas vemos elevar el concubinato al carácter de matrimonio, despreciando tan sacrosanta institucion; en ellas vemos consumarse todos los despotismos, aunque, eso sí, cubiertos de todas las formas legales; en ellas vemos la relajacion de costumbres más espantosa; en ellas vemos legalizados los más grandes atropellos contra lo que ellas mismas llaman derechos políticos del hombre; en ellas vemos ese mal llamado progreso, que no consiste más que en el desprecio de todo lo más santo, y que constituye la base de toda sociedad; en ellas vemos esas continuas predicaciones de los filósofos á la violeta, que, deseosos de una falsa gloria, destilan gota á gota sobre el corazon humano emponzoñado veneno; en ellas vemos consumarse los mayores atentados contra los derechos más sagrados del hombre, elevando á la categoría de sistemas los más grandes absurdos, como la desamortizacion verificada en este siglo con las comunidades religiosas. ¡Pues qué! ¿no tiene el Estado el ineludible deber de reconocer como persona jurídica á toda asociacion que se proponga un fin noble y justo? ¡Pues qué! ¿no tienen las asociaciones religiosas derecho á adquirir la propie-

dad con los atributos que les son innatos?

Por esto no deben extrañarse aquellos que un dia en los clubs, ateneos y antros sectarios echaron al aire aquellas tan perniciosas doctrinas, y que hoy, habiendo adquirido altas posiciones sociales, convierten sus radicales ideas de ayer en conservadoras, que haya llegado el dia en que el pueblo *abra los ojos, conozca sus derechos* y con inflexible lógica trate de llevar á la práctica lo que de sus labios aprendió, y que hollando derechos, atentando contra la propiedad y rotos los vínculos más sagrados de la familia, pisotee la honra y el honor, levantando en su lugar altares á la prostitucion y al vicio. ¿Creian acaso esos tribunos de la plebe que sus teorías no pasarían de las altas regiones de la idea, como ellos dicen? Pues lean las páginas sangrientas, los cuadros que la prensa periódica nos comunica hoy de Lóndres, mañana de Francia y Bélgica, al siguiendia de Alemania y Rusia, y comprenderán cuán funestas han sido las consecuencias de sus principios.

No sabemos si nuestros lectotes verán en esas muchedumbres los bárbaros civilizados del siglo décimonono; mas nosotros lo vemos clara y distintamente, y la mano de Dios que dirige todo el mundo se ve tambien patente en este hecho. Las sociedades antiguas caminaban al abismo; era necesario regenerar su sangre, y aparecen los bárbaros, que, llevando por doquier la ruina y la desolacion, purifican la fétida atmósfera que las corrompia; vemos las naciones más civilizadas en aquel entónces perseguir al cristianismo, que sale incólume de la irrupcion y adquiere mayor

pujanza y brillantez. Hoy sucede lo mismo: la Iglesia ha perdido todo aquello de que despojarla podían; días amargos le esperan; pero no morirá: la cruz salvadora del catolicismo levantaráse sobre los humeantes restos de las naciones destruidas, y entónces veráse acudir en torno de ella todos aquellos restos que puedan salvarse de tan terrible catástrofe. ¿Dudáis, acaso, que esto suceda? ¡pues qué! ¿no veis los esfuerzos que hace la poderosa Rusia para extirpar el nihilismo que la quiere destruir? ¿No veis los esfuerzos de la soberbia Albion y de la potente Alemania para aniquilar el socialismo que á ambas naciones amenaza devorar?

Haced, pues, poderosas naciones—como las hicieron los últimos emperadores romanos—concesiones á aquellas muchedumbres que los habían de destruir; comprad, como ellos, vergonzosas paces á fuerza de dinero y de mal entendidos derechos; mejorad la parte material de vuestras clases trabajadoras y no atendáis á su educación moral; preparad grandes ejércitos; colocad á la puerta de cada ciudadano un polizonte; aumentad los cañones en vuestros astilleros; todo inútil; pues las ideas no pueden ser combatidas por las bayonetas ni por las pesquisas de vuestros agentes. Combatid ideas con ideas; acudid á las salvadoras máximas del Evangelio, y allí encontrareis la verdadera y única solución á tan sombríos problemas; no holleis al sacerdote católico, porque sus máximas (aunque fanáticas y oscurantistas, como vosotros decís) podrán más que vuestras bayonetas y vuestros cañones.—EUSEBIO ROMEÓ.

(De *El Obrero Católico*).

IMALDITO CARNAVAL!

Ahora empieza su diabólico reinado. El día santo de hoy es su primer jornada de escándalos y liviandades. Tanto es así, que acá entre nosotros el primer baile de esta inmunda y procaz temporada se llama con un nombre que es un verdadero sarcasmo de Satanás.

¡Oídlo, por vida vuestra!

¡Se llama *El Baile de la Candelaria*!

Ya levantan ronchas en las esquinas los pintarrajeados carteles; ya pasean nuestras calles los puercos farolones, público reclamo para esta nueva prostitucion; ya de mano en mano circulan las pornográficas tarjetas, anticipando con lo cínico de las pinturas al cromo las bestiales emociones que se esperan de la realidad. Ya se abren los deslumbrantes salones; ya aturde la estrepitosa música bacanal; ya turban el silencio de la noche los gritos y alaridos de la lujuria. Corre desalada y ebria la juventud tras esas inmundas orgías de la sensualidad, y aún tal vez la edad madura compite con aquélla en insensatez y en desenfreno de brutales apetitos. Llórase con amargo llanto en más de un honrado hogar; madres y esposas cristianas se estremecen al sólo recuerdo de esos sábados del infierno; la madrugada del domingo no lo es sino de vergüenza y de remordimiento para millares de almas redimidas por Jesucristo.

¡Maldito Carnaval! de sus antiguas locuras y bufonadas, no siempre inocentes, aunque muchas veces simplemente ridículas y pueriles, no ha quedado, como residuo en el fondo del vaso, á la sociedad de hoy más que lo groseramente carnal y deshonesto. A la vieja máscara

caricaturesca ha sustituido la franca caricajada del vicio sin linaje alguno de pudor; el antitaz no es ya más que un salvoconducto para que se dé paso libre á la lascivia; el mismo baile (donde apenas se baila) sirve tan sólo de pretexto para más crudas y desenvueltas disipaciones.

¡Maldito Carnaval! Hasta nuestras más arrinconadas aldeas ha llegado la inmundicia suya, desbordada de las capitales y grandes centros de poblacion. Hay *baile de máscaras* hasta en villorrios que carecen de escuela y de hospital. El diablo encontró medio de establecer alguna de esas lujuriosas sucursales en comarcas donde hasta el nombre se ignoraba de tanta abominacion.

¡Maldito Carnaval! Un solo dato le acredita: las fatídicas casas de préstamos y empeños le miran como su divinidad protectora; allí se depositan en aras del vicio ropas y joyas y alhajas de familia, que ya nunca más redimirá el ahorro, y que pararán á la cruel subasta que no cotizará en ellas más que el material valor, nó los recuerdos que tal vez encieran, nó las lágrimas que cuentan, nó las ignominias y deshonras que significan.

¡Maldito Carnaval! Son su cortejo inseparable disensiones en la familia, bancarrotas en el honor y en el crédito comercial, fortunas y reputaciones para siempre hundidas, suicidios frecuentes en la crónica local de los periódicos. Mas esta es la estadística suya que se ve: la que no se ve hoy dia, pero que un dia habrá de verse en el tribunal de Dios, esa es inmensamente mayor y de más espantosas consecuencias.

¡Maldito Carnaval! Con esa imprecacion explicarán la causa de su ruina infinitas almas que por su mano ha con-

ducido y conduce á los infiernos entre bromas y risotadas este perverso seductor. La inocencia precozmente y quizá para siempre corrompida, el libertinaje como moda autorizada, los vínculos más santos rotos ó miserablemente relajados, la blasfemia so color de chiste en los labios, la duda señoreando el alma á favor de la corrupcion, la desesperacion acechando los últimos momentos como natural finiquito de todas esas cuentas de la mala conciencia; hé aquí el balance general de la temporada que ahora acaba de principiar.

Se suman con espanto los desastres de una guerra; se lamentan como lo peor las desventuras de una crisis mercantil ó financiera; se horripila el mundo al pensar en los lúgubres cuadros de la epidemia ó del terremoto ó de la inundacion. ¡Naturalismo puro! ¡Cuánto más graves y de más trascendental alcance no son para el hombre esa guerra, esa crisis, esa epidemia, que trae cada año pará las almas y para las públicas costumbres el maldito Carnaval!

F. S. y S.

(De *La Revista Popular*.)

EL MENDIGO

Y LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

Hace algunos años vivia en París, en un cuarto miserable del barrio latino, un pobre anciano cuyo cuerpo era una sola llaga.

De jóven habia sido víctima de un accidente que le obligó á buscar toda su vida en la mendicidad, los recursos indispensables para subsistir. Despues de haber llevado, durante cuarenta años, por esta causa una existencia nómada,

crueles enfermedades vinieron á prostrarle para siempre en su lecho. Sus hijos, pobres y honrados traperos, le asistían cuanto les era posible, pero todos saben que la cesta y el gancho no han enriquecido jamás á nadie.

Las religiosas del barrio tuvieron noticia de su estado, y como necesitaba cuidados asíduos y penosos, se presentaron espontáneamente á ofrecerle sus servicios. No creemos preciso decir que estos fueron aceptados, por aquellas pobres gentes, con la emoción que produce el agradecimiento.

Todos los días, pues, las buenas religiosas, curaban las úlceras del pobre impedido, le llevaban las medicinas necesarias y lo fortalecían con sus palabras de aliento y resignación, que muchas veces, mitigan los dolores del cuerpo mejor que todos los remedios.

Estas palabras no caían, en verdad, sobre un suelo ingrato. Jamás los labios descoloridos del anciano dejaron escapar un grito, ni una queja, ni un gemido: una calma serena iluminaba siempre su semblante.

A pesar de las úlceras horribles que roían todo su cuerpo, á pesar de la fiebre que hacía circular como una lava la sangre en sus venas y abrasaba su pecho, el anciano permanecía impasible. Su cara desfigurada por sufrimientos inauditos parecía rodeada de una aureola, y sus ojos cercados de manchas lívidas, se iluminaban á veces con los resplandores de la alegría.

Un detalle sin embargo había llamado la atención de las religiosas.

Aquel pobre enfermo era, á no dudar el más resignado de todos sus protegidos. Nada, pues, tiene de extraño que

sus palabras, sus gestos y sus miradas, les interesaran más que los actos de muchos otros. Pero habían notado que cuando entraban en el miserable albergue del anciano, este, tan agradecido, tan respetuoso, respondía siempre sencillamente á sus saludos, sin hacer siquiera ademán de levantar un poco el gorro que cubría su cabeza.

¿Que podía impedirselo?... Sus manos estaban enteramente libres...

Alguna vez una de las religiosas, estuvo á punto de hacerle una pregunta, para poner en claro el misterio; más nunca tuvo resolución bastante para ello. La santa resignación de aquel mendigo venerable, su tranquila serenidad, la desarmaban.

En fin, el anciano murió: su cuerpo extenuado, desgarrado por atroces dolencias no pudo resistir por más tiempo. Y murió como meren los santos, con un himno de adoración y de amor en los labios. La alegría de los predestinados iluminaba en el momento de morir sus ojos, y daba á su fisonomía dolorida cierto resplandor celestial. En sus labios se dibujaba una sonrisa que iba sin duda á terminar en el cielo.

La muerte de un justo es, en verdad, un hermoso espectáculo, y cuantas veces he tenido la suerte de presenciarla, me he preguntado por qué alejar de él á los adolescentes y á los corazones débiles, á quienes podría enseñar el valor en la lucha y la felicidad en la victoria.

Las religiosas que habían asistido al anciano quisieron disponer por sí mismas lo necesario para su enterramiento. Les repugnaba entregar á manos mercenarias el cuerpo de un cristiano tan edificante.

Cuando procedían á los arreglos indispensables para aquel acto, se acordaron del detalle de que hemos hablado más arriba. ¿Por qué el anciano no descubrió jamás su cabeza?

Mañualmente, una de ellas va á quitarle el gorro desteñado que llevaba siempre puesto; experimenta cierta resistencia; hace un ligero esfuerzo y descubre...

¡Una corona de espinas!

A todos sus dolores, aquel pobre, aquel mendigo, habia querido añadir esto para parecerse más á su Divino Maestro, y habia muerto sin que nadie sospechara jamás su generoso y constante martirio!

(De *Le Clocher.*)

Seccion Local y de Noticias

Mañana tendrá lugar la solemne publicacion de la Bula de la Santa Cruzada, cesando por consiguiente los privilegios contenidos en la de 1886. Los que quieran continuar gozándolos, habrán de adquirirla de nuevo, dirigiéndose al efecto al reverendo don Jaime Tutzó, calle de Alonso III, número 5.

La Obra Pia de San Pablo, establecida en Turin, ha distribuido últimamente entre los pobres la suma de 10.000 libras.

El Gobierno aleman ha condecorado con una estimada distincion en premio á sus servicios á los monseñores Drobe y Lloetting, ilustrados y virtuosos Prelados de aquella nacion.

Hace poco que el santuario de Betharram, levantado sobre una colina cerca de Lourdes, ha sido visitado por una venerable romería compuesta de cien sacerdotes terciarios de San Francisco, con objeto de celebrar la fiesta de San Luis de Tolosa, joven Obispo de familia real que, siendo heredero de tres coronas, prefirió el ser hijo de San Francisco.

Estos sacerdotes, originarios de varias Diócesis, santificaron su peregrinacion de penitencia haciendo el santo ejercicio del Via-Crucis subiendo la cuesta del célebre calvario de Nuestra Señora de Betharram.

Acaba de morir en Marseilla, á la temprana edad de cuarenta años el Ilmo. Sr. Coldefy. Obispo de la Diócesis de Cahors. Hacia muy pocos dias que habia llegado á Francia con el fin de procurar alivio á una grave enfermedad contraida en el rudo clima de las colonias. Era natural de Montfancon, y regia su Diócesis desde hacia cinco años, habiendo dejado en ella imperecedero nombre por sus virtudes y caridad evangélica.—R. I. P.

Acaba de fallecer en Nueva Orleans, á la edad de 77 años, el Padre Juan B. Serra, de la Compañía de Jesus, natural de Castelltersol (Cataluña), uno de los más insignes evangelizadores de aquel remoto país, fundador en él del grandioso Colegio de Chastangls Blust y de varias parroquias de aquel territorio.—R. I. P.

Fábregues y Orfila, impresores.—Mahon.